

Entornos de la lectura

GO – grupo oeste. Juan Elvira + Enrique Krahe

La relación entre la lectura y el espacio abarca diversas escalas de interpretación y vivencia del espacio social. Para ser comprendida en su totalidad, la compleja manera en que ambos campos, lectura y espacio, se condicionan mutuamente, debe ser analizada desde los diversos estratos que la componen: la lectura como actividad individual y subjetiva, las relaciones entre uso y organización del espacio en su contexto, y la recíproca modificación que han experimentado los soportes de la información escrita y los entornos donde se desarrolla.

El entorno de la lectura hoy en día está profundamente condicionado por la discontinuidad y la velocidad del suministro de información, y por la abrumadora variedad y multiplicidad de sus soportes. Si el trabajo y el ocio son actividades socialmente programadas, la lectura (en ambos contextos) resulta una actividad particularmente autónoma, un pequeño espacio de libertad.

Un momento de lectura puede ser compatible con muchas actividades simultáneas. Su inserción añade breves paréntesis de tiempo libre a las actividades cotidianas. Así, leemos en el autobús urbano, en la lavandería el tiempo que dura el programa de ropa blanca, mientras los ravioli acaban de cocerse, en la sala de espera del dentista... De la misma manera, mientras leemos escuchamos música, bebemos café o tomamos el sol. [figuras 4,5]

Por otra parte, los criterios de diseño de espacios concebidos específicamente para la lectura están más determinados por razones de no interferencia que de verdadera optimización funcional. La creación de espacios íntegramente adaptados a esta actividad, que resulten por completo gratos a la subjetividad de un grupo de lectores, es una tarea casi inviable. De este modo, basta con un espacio neutro con unas características medioambientales concretas (luz suave y homogénea, adecuado aislamiento térmico y acústico, silencio...) para resultar

aceptable. Por esta razón, resulta determinante a los ojos del arquitecto desvelar qué espacios no concebidos a tal fin presentan características que los hacen especialmente atractivos para la lectura, espacios informales de lectura que paulatinamente son formalizados por los usuarios. [figura 2]

También cabe añadir, como idea previa, que la figura del arquitecto hoy en día debe ser reinterpretada. Más allá del arquitecto como responsable del diseño y ejecución de obras de edificación y urbanismo, se aboga cada vez más por la expansión de las fronteras de la disciplina arquitectónica. Debe ser entendido como material de la arquitectura cualquier entorno (real ó virtual) susceptible de ser transformado, mediante criterios espaciales pero también económicos ó sociológicos, para lograr el mejor desenvolvimiento de las relaciones humanas. [figura 7]

Planteamos un análisis de la relación entre espacio y lectura en tres áreas distintas, basadas en el grado de manipulación del entorno que el lector lleva a cabo para crear un ambiente satisfactorio para el tipo de lectura escogido. Estos sectores deben entenderse como capas concéntricas que conforman un entorno coherente donde el libro (*libro* entendido en adelante como cualquier soporte de texto), el acto de decodificarlo y el espacio donde esto sucede están siempre interrelacionados.

En el centro de este ámbito se encontraría el espacio mental de la lectura (*1. El espacio mental de la lectura*), aquel que se activa mientras se lee, estrictamente subjetivo y personal. Sobre este núcleo, una primera envolvente sería aquella que se refiere a los actos de domesticación que el individuo hace de su entorno para adecuarlo a la lectura (*2. Espacios apropiados para la lectura*). La última capa se refiere a los espacios concebidos específicamente para la lectura, ó a aquellos objetos en los que cada lectura ha sido determinante para su diseño definitivo. (*3. Espacio ad-hoc para la lectura, lectura ad-hoc para el espacio*).

Antes de comenzar el análisis de cada una de estas categorías, es necesario advertir que cada situación en la que se da la lectura puede interpretarse como una

combinación de aquellas, y cada una en distinta proporción. Por sí solas tienen sentido como instrumentos de análisis de la compleja relación entre lectura y espacio.

1. El espacio mental de la lectura. El primer ámbito se refiere al ejercicio mismo de leer. Durante la lectura, el entorno que rodea al individuo desaparece, y simultáneamente se traslada al lugar imaginado al que ésta remite. En este espacio mental, activado mientras dura la lectura, la relación entre lugar y contenido es enteramente libre y subjetiva. [figura 1]

Al igual que algunas sustancias psicoactivas son capaces de modificar los estados de consciencia y la percepción fenomenológica de un entorno, algunos textos tienen (a otro nivel) una cierta capacidad de activación sobre el subconsciente. Distintas lecturas (un texto jurídico, una ecuación matemática, una novela de viajes o una poesía) exhiben distintos grados en su capacidad de ensoñación, haciendo algunas más propicias que otras para este tipo de activación. Inmerso en un determinado texto, cada lector es desplazado a un lugar personal recreado, abstracción durante la cual se llegan incluso a producir alteraciones en la consciencia del tiempo, o de las condiciones ambientales (térmicas, lumínicas...). Ello supone que hablar de espacios mentales no sea sólo una metáfora. Dos lectores muy próximos en un entorno físico [sentados juntos] pueden estar emplazados en espacios mentales muy alejados, mientras que la situación opuesta es igualmente posible.

Al contrario, cada lugar concreto puede evocar una determinada lectura, de acuerdo al imaginario y la experiencia individuales.

2. Espacios apropiados para la lectura. Una buena forma de incitar a la lectura es multiplicar el número de situaciones en las que pueda darse, mediante la directa intervención del posible lector. Muchos espacios y situaciones diferentes pueden

resultar adecuados para la lectura, no sólo aquellos que han sido diseñados específicamente para la concentración de información y de quienes acceden a ella. El espacio informal se adecuará mediante acciones de personal domesticación, de apropiación temporal de un lugar para dedicarlo a la lectura [figura 3]. Pensemos en un lugar concreto, un entorno dado: un parque. Paseando por él un día soleado encontramos gente que lee sentada en un banco, justo en la parte de sombra, otros que prefieren tumbarse donde el césped es más abundante y confortable, otros prefieren el aire fresco de las proximidades del estanque, y alguno lee sentado en una escalera. La simple elección de un lugar evidencia mecanismos de apropiación de un entorno que ulteriormente puede seguir siendo manipulado, tal vez extendiendo una manta sobre el césped, matizando la luz con unas gafas de sol o escuchando música en un reproductor con auriculares.

El acto de leer aproxima ámbitos tan diversos como una playa y la celda de una prisión, lugares habituales de lectura [figura 6]. Desde este enfoque informal, determinado más por el usuario que por el objeto arquitectónico, una clasificación operativa de los espacios sería aquella que no dependa de su carácter público ó privado, ni del uso para el que supuestamente están destinados. En su lugar, y como ejemplo, parece más adecuada una categorización entre espacios de *concentración* y *distracción*.

Habría que tener en cuenta que, si bien el espacio de la concentración es aquel en general más adecuado para la lectura (e independientemente de su carácter individual ó colectivo, o del contenido de la lectura, ya sean textos sagrados, domésticos, etc.) también es posible la lectura en el espacio de la distracción. Es el caso de los grandes centros urbanos, grafiados con todo tipo de informaciones que reclaman la atención del paseante. El espacio de la distracción, como nueva condición de la metrópolis moderna, también ha sido objeto de reflexión de pensadores y escritores, desde Baudelaire hasta Walter Benjamin. Del espacio domesticado, hablado, al espacio grafiado, escrito, urbano.

3. Espacio ad-hoc para la lectura, lectura ad-hoc para el espacio.

Tradicionalmente, la accesibilidad al libro y su almacenaje inevitablemente condicionan la aparición de lugares especializados de lectura.

A pesar de esta multiplicidad de posibles espacios para la lectura antes mencionados, sí existe una condición recíproca entre entorno y soporte de la información. Hay espacios concebidos para sentarse frente a un libro en las condiciones que cada arquitecto entiende como mejores posibles, atendiendo a criterios ambientales, ergonómicos e incluso psicológicos. Espacios en los que el primer y más importante detalle constructivo es el *libro*. En ellos, en la sala de lectura y el archivo, la repetición, almacenaje y distribución del libro despliega la organización espacial y arquitectónica [figura 8]. En este sentido, la difusión generalizada de bibliotecas en internet podría significar un cambio de rumbo de la arquitectura para leer. En los últimos años, han aparecido numerosas formas de comunicación en formatos portátiles (ordenadores, teléfonos móviles, agendas electrónicas con conexión a internet...) que se han adaptado al juego de compatibilidades de acciones simultáneas en que se desarrolla gran parte de la lectura cotidiana. Así, es probable que pronto veamos cómo estos soportes integran todos estos recursos de manera que un único terminal portátil ponga a nuestra disposición cualquier lectura deseada. Cabe pensar que en este contexto, la arquitectura del archivo y de la lectura debe necesariamente cambiar. La multiplicación de soportes de la lectura ha sido decisiva para nuevas propuestas de biblioteca, como la mediateca de Sendai del japonés Toyo Ito. [figura 9]

Del mismo modo, hay situaciones, *entornos* por usar el término más genérico posible, en los que, para favorecer el hábito de lectura, se hace necesaria una modificación del soporte legible. El mundo editorial no es ajeno a esta circunstancia y adapta sus formatos a la dinámica que exige el lector contemporáneo. Es el caso de los breves periódicos para leer en un corto período de tiempo, que se distribuyen en las estaciones de metro y autobús de muchas ciudades; o los *manga*, cuyo formato y estructura narrativa se adecuan a la lectura

rápida y discontinua del transeúnte de la metrópolis moderna. De los diccionarios de conversación en miniatura que contiene el equipo de supervivencia del turista contemporáneo a las voluminosas enciclopedias que descansan en los atriles de las bibliotecas.

1. Agencia Foto Aktuell. Berlin 1920
2. Chema Madoz. Madrid. 1994
3. Los Ángeles 1989
4. Alvar Aalto en la terraza de su casa
5. G. S. Zimbel. Metro McGill. 1984
6. Playa Artificial en Japón
7. Toyo Ito. Premobiliario para la mujer nómada
8. Louis Khan. Exeter Library
9. Toyo Ito. Mediateca de Sendai. 2000